

LEANDRO MARTÍN PARENTE

SASSAGOULA SPRINGS, LA REINA DE LA RECTA



SASSAGOULA SPRINGS, LA REINA DE LA RECTA

Leandro Martín Parente

**SASSAGOULA SPRINGS,
LA REINA DE LA RECTA**

© 2018 por Leandro Martín Parente

Colaboraron en la preparación de este libro:

Diseño de tapa: María Lucila Venerus Resa.

Composición y armado: María Lucila Venerus Resa

Foto: Heritage Stud

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Sassagoula Springs, la reina de la recta

A Diego Franceschini

Desde que llegué ansiaba reencontrarme con ella. Subí un peldaño tras otro hasta aproximarme a una altura que me permitiera divisar toda la pista. Allí vi dos o tres carreras con poca suerte. El cielo se unía al paisaje, distinguía que aviones arribarían al aeroparque Jorge Newbery situado a unas cuadras y cuáles recién despegaban. Miré la repetición de la octava en un televisor que había en las boleterías, por el horario sospeché que ella ya habría ocupado un lugar en los boxes. Lucila me avisó por teléfono que llegaría más tarde por la demora de un tren en la terminal de Retiro, me había hablado durante varias semanas sobre este día. Apresuré mi caminata siempre cansina. De lejos ya veía su silueta, ahí posaba, atenta a lo que decían de ella. Con su porte en alto, muy distinta a aquella tarde de diciembre cuando ni siquiera se había percatado que estuve allí. Ahora se mantenía erguida, tranquila, expectante. Alardeaba su pelaje marrón oscuro que resplandecía por todo su cuerpo. Sus manos poseían la talla efímera de la felicidad. Me detuve en sus cascotes gastados, en sus rodillas de atleta, en una mancha blanca con forma de medialuna

en su testuz que contrastaba con su cola, su crin y su mechón negro. Su hocico albergaba unas fosas nasales que se ampliaban para alcanzar el olor de mi perfume. Parecía que me había reconocido, así que la saludé en voz baja para no sentir vergüenza.

El locutor del Hipódromo de Palermo declamó una información sobre una carrera que recibí con desinterés. Me quedé un rato más cerca de ella y de sus contrincantes. Su peón y sus propietarios la acariciaron, yo me movía para saber si mi compañera había llegado y ella me seguía con su mirada. Así era nuestra amistad, con una ternura sumergida en una lejanía insoslayable. Lucila corrió hasta el box. Sonreí al verla; me pidió que le tomara una fotografía con ella después del juego, le respondí que sí.

Un señor anunció que era momento de ensillar a los ejemplares, eso hicieron con la reina. Tenía el uno en su mandil, su número favorito. Ya había dejado de mirarme para prestarle atención a su propietario que ahora acariciaba la frente de un señor que la observaba con sus ojos trémulos desde una silla de ruedas.

Fue la primera en ir a la redonda de exhibición. Nos asustamos cuando a mitad de camino se tropezó con una baldosa embarrada. Daba vueltas rodeada por árboles de una corteza lánguida y de ramas largas y anémicas de hojas que igual nos proveían de una sombra extensa. A Lucila le divertía que cada vez que marchaba frente a nosotros le repitiera: “Ahí pasa Sassa, ahí pasa Sassa”. A veces nos miraba, otras se olvidaba de que estábamos ahí.

Cuando anunciaron a las competidoras del clásico, Lucila se sentó a doce escalones del suelo, la ubicación era un pacto implícito porque ahí la habíamos visto batir a los mejores velocistas en el Gran Premio Maipú.

La zaina partió de la gatera con mucha valentía. Accedió a la punta, sonreímos. Sus patas dejaban surcos inmensos en la arena caliente y a veces también en el aire porque su cuerpo

parecía que tuviese las alas de Pegaso. Observé que las tribunas estaban más concurridas que otros sábados y eso era por ella. Se acercó cada vez más a las verjas, tal vez para que la aclamáramos desde más cerca. Siempre fue primera, nadie pudo con ella en los primeros 500 metros hasta que la vi trastabillar. Su jinete había advertido una lesión y la sofrenó. El público lo lamentó al unísono y enseguida percibí el silencio más hondo que jamás había escuchado en un hipódromo. Llevé mis manos a la cabeza, Lucila se levantó del escalón, anhelaba saber si estaría bien. No pudo acceder a un sector más próximo porque necesitaba credenciales que no poseíamos. Sassagoula Springs levantó su mano derecha para confirmar que le dolía. Empalidecimos cuando vimos una ambulancia que fue a buscarla y después al jinete que arrojó su fusta con angustia. Perseguimos al vehículo hasta la veterinaria y ahí nos abarrotamos con otros veinte admiradores de la yegua. Por delante de nosotros paseaban la ganadora y la escolta de la carrera en la redonda de los vencedores, en el fondo la vimos renguear a ella, con muecas de sufrimiento. La mirada de Lucila y la mía se evitaban, no nos hablábamos, lloramos enmudecimos, apenas atendíamos las conjeturas desalentadora de los demás. De a poco la gente abandonó la vigilia, excepto por tres o cuatro personas que merodeaban en los accesos a la veterinaria.

El cielo había languidecido con el color del crepúsculo. Lucila y yo aunamos nuestras miradas en un punto de fuga incierto que después lo ocupó ella, ahora con vendas rojas en sus patas, y finalmente sus propietarios. Los notamos abatidos, aún así se acercaron para confiarnos que no volvería a correr nunca más, pero que se repondría en tres meses, entonces, suspiramos aliviados.

Antes de irnos, Lucila la observó con dulzura aunque lamentó no tener una foto con ella. En tanto, yo intenté que me siguiera con la mirada por última vez. Quizá no me vio, pero sé que en algún momento de su vida recordará que la

acompañábamos los días en los que era la reina de la recta, que alentábamos por ella y que somos sus amigos.